

www.elboomeran.com

Joseph Delteil
EN EL RÍO DEL AMOR

TRADUCCIÓN DE LAURA SALAS RODRÍGUEZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2017
TÍTULO ORIGINAL: *Sur le fleuve Amour*

Al traducir el título original, los editores hemos decidido alterarlo ligeramente, para mantener, en la medida de lo posible, el juego de *sonidos* y correspondencias entre Amur y *Amour* [amor], que se pronuncian de un modo muy parecido en francés.

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

© Editions Grasset & Fasquelle, 2002
© de la traducción, Laura Salas Rodríguez, 2017
© de esta edición, Editorial Periférica, 2017
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-56-4
DEPÓSITO LEGAL: CC-309-2017
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

*A mamá, a la Virgen María
y al general Bonaparte.*

Toda la tropa de Semiónov bullía sobre el muelle de Nikoláyevsk. Algunos ostiacos flacuchos erraban sin cesar alrededor del dique de adobe con la vista clavada en bellas mongolas de miel que amamantaban a niños amarillentos. Un pope declamaba ensalmos, agachado ante un mojón. Algunos mensajeros con los ojos arrasados en lágrimas pasaban montados en pequeños caballos de los Urales.

Los bolcheviques, vencedores en la batalla de Stambulaska, habían arrojado a Semiónov al mar. Y a lo lejos, detrás de Nikoláyevsk, se oía ya a la vanguardia roja volando con dinamita las monumentales puertas de la ciudad.

El vapor ruso *Arthur-VI*, que se hallaba en la rada con la misión de recoger a las tropas vencidas, llevaba las máquinas a todo trapo.

El regimiento de ostiacas de Ludmila Androv montaba guardia ante el puerto. De veinte en veinte

metros, aquellas mujeres altas y gruesas, de imaginaria con la lanza de cuero en mano, perfilaban en el fondo del agua sus decorativas siluetas, vestidas con dolmanes rojo sangre con trencillas y alamares color yema de huevo. Ludmila recorría las filas ataviada con uniforme de gala blanco, pantalón de seda color perla, botas de piel de ternero amarillo limón y casaca de satén salpicada de flores de loto. Llevaba sobre los cabellos rubios una especie de gorra de plato de paño y cuero con correa de seda. Marchaba pregonando órdenes en dialectos del norte y fumando puros de las islas Filipinas. Dos edecanes manchúes la seguían a lomos de sendos purasangres.

Un clarín solitario sonaba a ráfagas y su estruendo caía lívido en las dársenas salobres cargadas de mejillones y de juncos de pálidas velas. En los diques de carena se pudrían los esqueletos navales y las chalupas muertas, carcomidas por las lentejas de agua. Un torpedero hundido bloqueaba con su lomo, pulido como un tocino, el estrecho de Batalov.

Dos jóvenes tangut, despreocupados y puros, cantaban una canción de nieve, encaramados a un vagón de la compañía internacional del puerto. Algunas mujeres sart, vestidas con piel de lirón, bebían leche de yegua en vasitos de porcelana. Unos viejos se alisaban las barbas en silencio.

Las hijas de Nikoláyevsk, con el rostro pintado y las uñas y los pezones adornados, iban y venían entre grupos y tribus, rozando con sus vestidos de seda con cigüeñas a rudos machos tibetanos o calmuco, y en ocasiones acariciando a algún hermoso efebo mongol con sus manos finas y perfumadas. Y, con el corazón impasible, ofrecían a los bárbaros asiáticos los mismos cuerpos que pronto ofrecerían a los bolcheviques de Moscú.

Unos mercaderes coreanos, colocados ante las casas del muelle, vendían cigarrillos, té, jabón y pasteles de sorgo. Sus puestos de dos ruedas se desplazaban por las aceras de asfalto. Y ellos, diminutos tras los puestecillos, severos y cuidados, con sus ralas barbas de chivo, pregonaban amargamente la mercancía con voz de mártires.

Había un trasiego de barcos y botes tremendo, lleno de espontaneidad, desde el muelle hasta el vapor *Arthur-VI*. Filas de embarcaciones avanzaban borda contra borda, cargadas de utensilios heterogéneos, armas para los abordajes, mujeres siberianas y mapas del Estado Mayor. En una de dichas embarcaciones había un perrito blanco que ladraba hasta el agotamiento, subido en unos sacos de centeno. Los marineros del *Arthur-VI* efectuaban el enlace con lanchas motoras que en el momento oportuno jalonaban de explosiones y de cuero amarillo el pintoresco espectáculo. Eran

marineros incrédulos que se disimulaban redomas de ternura y petacas de ron entre el pecho eslavo y la marinera de corte inglés. Un sampán carcomido transportaba a toda una familia tártara de mirada, dientes y piojos relumbrantes. Pasaban cuadrillas de turcomanos con túnicas verdes en balsas de madera calafateada, con el turbante en la cabeza, rezándole a Alá a voz en grito. En un bote lacado iban dos dactilógrafas de Semiónov, rechonchas y rubias, de pechos azules, que remaban mientras pensaban en el amor...

El *Arthur-VI* estaba lleno de campamentos y caballos. Sobre el puente se arrojaban sin ton ni son muebles de lujo y fajos de rublos. Un niño lloraba en un rincón, gota a gota, como una fuente. Los hombres de la *sotnia* del río Obi habían invadido las escotillas y erraban, barbudos y con el gorro de borlas en la mano, entre las lamentables entrecubiertas, que apestaban a aceite y a orina de yegua. En medio de aquella amalgama de hombres y objetos iban y venían pequeños marineros japoneses, con puntualidad de estampa, correctos y cómicos, algo lunares, con uñas tan prolijas como las de las cortesanas...

El navío iba tan abarrotado de caballos que no podría dar cabida a toda la tropa. Llegó la orden de tirar a todos los caballos por la borda. De inmediato una docena de sajalineses comenzaron a

cortar los ronzales a golpes de machete y, apuntando a las grupas de las bestias con la espada, las empujaron al mar entre relinchos y coces, encabritadas contra las vagaras, mordeándose recíprocamente los ollares. Luego cayeron una a una al agua y nadaron un momento. Sobre ellas saltaron otras, en monstruoso acoplamiento. Y sobre ellas más. A continuación arrojaron unas cuantas granadas de mano a aquel hervidero de patas, torsos y cuellos. Y el Océano Pacífico se tragó toda la caballería como si fuese un puñado de avellanas...

Ludmila había puesto pie en tierra. Hablaba con familiaridad a los soldados ostiacos, tirándoles de las orejas amarillas de mugre. Oía cómo se aproximaba el cañón bolchevique por detrás de Nikoláyevsk. Unas letonas enanas pasaron corriendo y arrojaron entre aspavientos a sus niños rojos a las barcas. Once pares de toros avanzaban por la escollera arrastrando un antiguo carro mongol cargado de cofres de cereales, pistolas y mujeres feas. Unos campamentos tunguses y samoyedas corrompían el aire. Dos viejos yakutos asaban un cordero en fuego de hulla y el humo grasiento de la víctima ascendía hacia un cielo sucio. Unas grúas altas se erguían en el puerto como cadalsos, para colgar los barcos que hubiesen pecado...